

27 de mayo de 2026

Las instituciones y el nuevo orden mundial

Publicado en Expansión

José Luis Escrivá, gobernador del Banco de España

Durante décadas asumimos un entorno económico y tecnológico relativamente predecible, que operaba con la expectativa de que la integración económica, el progreso tecnológico y la expansión de los mercados reforzarían de forma relativamente lineal el crecimiento, la estabilidad y el bienestar. Mientras, las amenazas tendían a entenderse como riesgos identificables y, al menos en parte, acotables. Hoy esa premisa resulta mucho más difícil de sostener.

La sucesión de shocks de los últimos años —la Gran Recesión, la pandemia, los episodios inflacionarios asociados a conflictos como los de Ucrania y Oriente Medio, o el retorno de políticas comerciales más agresivas— ha puesto de manifiesto que nos movemos en un entorno distinto. No se trata únicamente de una mayor frecuencia de perturbaciones, sino de un cambio en su naturaleza: interacciones más complejas, menor previsibilidad y ausencia de precedentes plenamente comparables. La niebla que siempre rodea el futuro se ha espesado.

La incertidumbre ha pasado a ser un rasgo estructural que afecta a tres vectores clave de la globalización: la apertura económica, la calidad de las instituciones y la cohesión social. En los tres observamos tensiones crecientes y trayectorias menos lineales que en el pasado.

En el plano económico, la globalización no ha desaparecido, pero sí está cambiando de naturaleza. La fragmentación geopolítica, el uso estratégico de las cadenas de suministro, la competencia por tecnologías críticas y el creciente recurso a instrumentos comerciales y regulatorios con fines de seguridad económica están redefiniendo el marco en el que operan empresas y países. Aun así, la capacidad de adaptación del comercio internacional ha sido notable. A pesar de shocks significativos —Brexit, pandemia, conflictos bélicos o tensiones comerciales—, los flujos globales no se han contraído de forma abrupta, sino que han tendido a reconfigurarse. Más que una desglobalización, estamos asistiendo a una reorganización de los intercambios en torno a afinidades geopolíticas, criterios de resiliencia y la búsqueda de socios considerados fiables.

Para la Unión Europea, este cambio tiene implicaciones especialmente relevantes. Su elevado grado de apertura ha sido una fuente esencial de prosperidad y debe seguir siéndolo. Pero el nuevo entorno exige complementarlo con una mayor capacidad para identificar vulnerabilidades, diversificar dependencias y reforzar capacidades propias en ámbitos estratégicos. Ello implica, entre otras cosas, profundizar en acuerdos con socios

fiables —como el acuerdo con Mercosur— y avanzar hacia un equilibrio más exigente entre apertura y resiliencia, acorde con el contexto en el que operamos.

A la dimensión económica se suma una capa institucional y política más compleja. En distintas regiones del mundo se observan retrocesos en estándares democráticos, un aumento de la polarización y una mayor contestación de las instituciones. La evolución del clima político tiene implicaciones económicas concretas, al influir en cómo operan las instituciones y en su capacidad de respuesta ante los shocks. También se constata un aumento de tensiones de carácter social, que están ganando relevancia en muchas economías avanzadas: desigualdad, dificultades de acceso a bienes esenciales como la vivienda, envejecimiento demográfico y una mayor exposición a shocks climáticos; ámbitos que no sólo tienen implicaciones distributivas, sino que pueden afectar al crecimiento y trasladarse a la estabilidad macroeconómica y financiera.

En este sentido, un aspecto clave, independiente del régimen político, es la calidad de las instituciones, que también se ha deteriorado en las últimas décadas. Este deterioro no es ajeno a la economía: la evidencia muestra una relación estrecha entre la calidad de las instituciones y los resultados económicos. En un entorno de perturbaciones más frecuentes y complejas, esta dimensión resulta especialmente relevante para la capacidad de las economías de responder de forma eficaz.

Es en este contexto donde la tecnología ocupa un lugar central. Ya no es solo un factor de eficiencia o un motor de innovación, sino una fuerza transversal que conecta y amplifica muchas de estas transformaciones. **La capacidad para desarrollar, adoptar y gobernar nuevas tecnologías condiciona la productividad de las economías y, en determinados ámbitos, tiene implicaciones relevantes en el ámbito geopolítico.** Esto es particularmente visible en ámbitos como los semiconductores, la computación en la nube, la ciberseguridad, la inteligencia artificial, las infraestructuras digitales o los sistemas de pago.

En todos estos campos, la concentración de capacidades en un número reducido de empresas o jurisdicciones genera eficiencias, pero también dependencias. Y esas dependencias pueden convertirse en una fuente de vulnerabilidad en un contexto internacional más fragmentado.

Al mismo tiempo, el alcance de su impacto económico sigue siendo incierto. Algunos estudios apuntan a mejoras significativas de la productividad a nivel individual, mientras que su efecto agregado es mucho más difícil de identificar. Persiste, por tanto, la duda de si estamos ante una transformación de gran magnitud o ante un proceso más gradual, como ha ocurrido en otras transiciones tecnológicas.

Esta incertidumbre no se limita al plano económico. También se extiende a sus implicaciones sociales y políticas. Por un lado, la tecnología —y en particular las plataformas digitales— puede contribuir a procesos de polarización, al amplificar determinados contenidos y dinámicas de interacción en el espacio público. Por otro, también puede facilitar un mayor acceso a la información y mejorar la forma en que ciudadanos y empresas interactúan con las instituciones. En este sentido, sus efectos no son unívocos. El resultado dependerá, en gran medida, de los incentivos bajo los que se desplieguen, del marco regulatorio y de la fortaleza de las instituciones.

En conjunto, todo ello apunta a una conclusión clara: nos adentramos en un mundo más incierto, más interdependiente, más competitivo y más exigente para las instituciones.

Para los bancos centrales, este cambio de entorno tiene varias implicaciones. La primera es analítica. Entender una realidad más compleja, más interdependiente y sujeta a perturbaciones menos previsibles exige herramientas capaces de captar mejor las interacciones entre factores económicos, tecnológicos, institucionales y geopolíticos. La segunda tiene que ver con la transparencia y la rendición de cuentas: para sostener la confianza en un entorno de mayor incertidumbre, en el que la realidad es más difícil de modelizar y de explicar, es fundamental trasladar diagnósticos rigurosos y comprensibles a la sociedad.

No nos corresponde sustituir la deliberación democrática ni resolver los inevitables conflictos distributivos que atraviesan nuestras sociedades. Sí nos corresponde contribuir, desde nuestro mandato, a aportar evidencia, diagnóstico y capacidad de análisis para que ciudadanos y responsables públicos puedan tomar mejores decisiones.